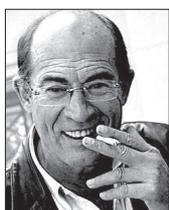


Lo mejor que hice

EL ESCRITOR RECUERDA SU ÉPOCA COMO REPORTERO DE SUCESOS Y REIVINDICA AQUEL PERIODISMO DE LAS HISTORIAS BIEN INVESTIGADAS Y CONTADAS. HOY MUCHOS PERIODISTAS COMPADREAN CON EL PODER, OLVIDANDO EL ALMA DEL OFICIO.

Lo mejor que hice mientras fui periodista fueron los sucesos. Para eso había que ser joven, conocer a la policía y a los policías, los bajos fondos, tener amigos en todas partes, un hígado resistente y pocas ganas de dormir. Y yo añadiría, un redactor jefe que sepa de lo que va la cosa y permita tu nota de gastos. Todo esto era importante, pero no lo era del todo. Había que inventar una nueva forma de escribirlos. Lo que se había hecho sobre sucesos, y lo que se seguía haciendo, era aburrido, gris y declamatorio. Ese narrador impersonal y desdibujado, marca de fábrica de las escuelas de periodismo, no servía. De modo que comencé a utilizar los mecanismos literarios que permiten contar una historia como es debido.

A veces eran detalles que los periodistas bien educados nunca resaltaban: la manera de mover las manos de cierto testigo, los latiguillos y las frases hechas del comisario, esos zapatos de tacón cubano del señor juez, sus



Por JUAN MADRID
Periodista, escritor y guionista de cine, trabajó como redactor para Cambio 16 y ha escrito el guión de diversas series de televisión y películas. Además, es uno de los escritores de novela negra más reconocidos en España. Entre sus libros se encuentran *Los hombres mojados no temen a la lluvia* (Alianza, 2013) y *Pájaro en mano* (Ediciones B, 2007).

comentarios, la manera de hablar de ciertos policías, ese botón de menos en el escote de la desconsolada. Todo eso es lo que en literatura se llama "el detalle significativo" y que nunca existió como asignatura en las escuelas de periodismo. De ese modo terminas por leer el reportaje con pasión y placer, como se lee la literatura.

Pero todo eso nunca fue fácil, ni se consiguió de una tacada. Uno tuvo la suerte de ser periodista durante la década prodigiosa 1975-1985, tiempo que se extendió un poco, casi hasta el final de los noventa. Entonces, los directivos de los periódicos y revistas eran periodistas y sabían en que consistía ese asunto. Luego, muchos de ellos qué terminaron de jefes de gabinete y asesores de bancos y grandes empresas. Una vida colmada, dicen.

El asunto era que los policías y los periodistas se necesitan mutuamente. La opinión pública tenía que saber que los policías trabajaban. Pero había que tener cuidado, un mal periodista puede estropear un buen servicio

policial, si se adelanta y escribe lo que aún no tiene que escribir. O si es un pardillo. El secreto es sencillo, tienes que obtener la confianza de los policías. Saber lo que tienes que escribir o lo que no. Si te hacen favores, también tú los haces. El conocido toma y daca.

A las doce comenzaba el turno de noche en las comisarías. Mi mujer me decía: "¿Otra vez vas a ir?" Había que ir y no solo por prurito profesional. Había que estar allí para observar, a los pobres, a los delincuentes, a la pobre gente y a los policías para empaparse de gestos, de maneras de hablar, de actitudes. Saber que siempre cobras un poco y que están jodidos. Distinguir al corrupto del cansado, al benévolo del cobarde vendido. Evaluar las presiones de los jefes, la fatiga del trabajo. Y luego, ibas con ellos a tomar copas.

Vas desarrollando instinto, olfato. Sabías lo que no podías escribir o te quedabas sin fuentes. Pero ellos también sabían que no ibas a pasar las astillas que cobraban grupos enteros, el trabajo sucio, el cobro por protección, la vista

MARGARITA LANDI, LA DAMA RUBIA DE LA CRÓNICA NEGRA ESPAÑOLA

Por JAVIER VALENZUELA

No hace falta ser Matusalén para haber vivido un tiempo en que no había teléfonos móviles, páginas web y cuentas en Facebook y Twitter. Así era hace 20 años, sin ir más lejos. Entonces, ¿cómo conseguían información los periodistas?, nos preguntan algunos jóvenes a los veteranos. La respuesta que obtienen es obvia: pues yendo al lugar de los hechos y hablando con sus protagonistas. La velocidad de la información era, sin duda, menor, pero su rigor y su calidad solían salir beneficiados por la vivencia personal del reportero.

En aquellos tiempos —no tan remotos, insisto—, el cronista de sucesos iba a la comisaría para intentar sonsacar al madero que llevaba una investigación, al suburbio para reconstruir con sus familiares y colegas la vida del chorizo acusado de tal o cual delito, al trullo para informar del último motín o ajuste de cuentas, al barrio chino para contar la perra vida de las putas. No existían gabinetes de prensa, ni ONG's humanitarias, ni comunicados colgados en la Red, ni Google o cualquier otro buscador online, ni redes sociales a los que recurrir. El cronista

de sucesos desgastaba mucha suela de zapato en las calles y muy poca en la redacción.

Con Juan Madrid cubrí un montón de sucesos a comienzos de los años 1980, una época en la que la libertad recién adquirida, la pobreza y marginación heredadas del franquismo, la crisis económica derivada del choque petrolero, el azote de la heroína y las dificultades de la policía para resolver delitos de un modo que no fuera a hostias, provocaron un fuerte brote de lo que se dio en llamar "inseguridad ciudadana".

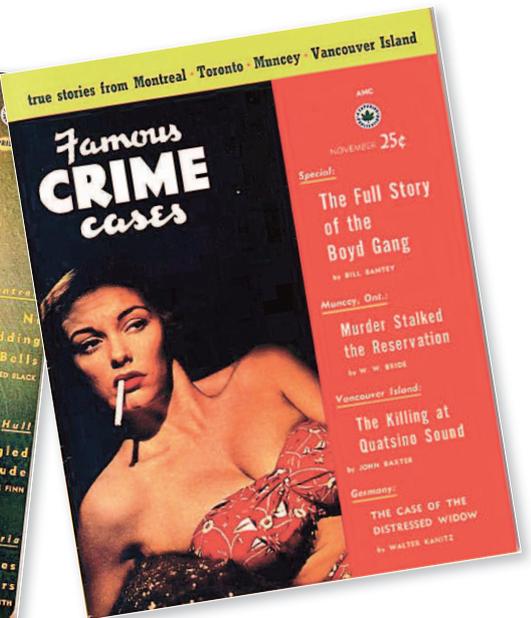
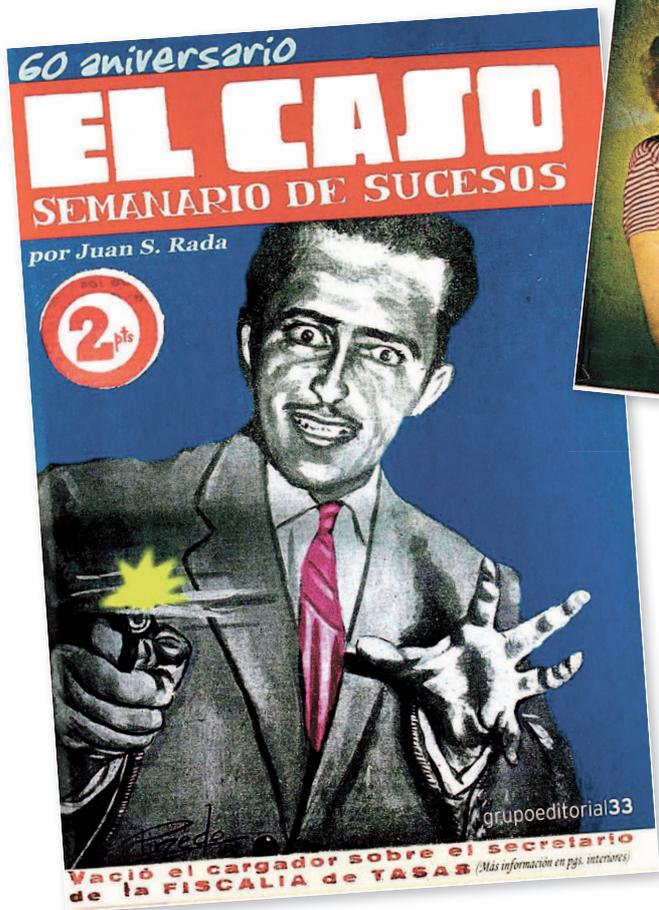
Juan Madrid, que terminaría siendo un estupendo novelista negro, trabajaba para Cambio 16 y yo para El País, pero no nos hacíamos la competencia. Al contrario, los dos éramos vecinos de Malasaña, compartíamos el gusto por trasnochiar y beber tal vez demasiado, leía-

mos con fruición a Hammett y Chandler y nos lo pasábamos en grande reportajeando juntos.

Aún se hacía auténtica crónica negra en la prensa escrita española de finales de los años 1970 y principios de los 1980, aunque sería por poco tiempo. En relación al franquismo, la novedad estribaba en que ya no se reflejaba sólo el punto de vista de las víctimas y las autoridades, sino que se intentaba averiguar si el acusado era tan culpable como decían los maderos, que en ocasiones no lo era, y si resultaba serlo, cuáles podían ser las causas personales y sociales de su comportamiento. El buen cronista de sucesos de aquella época consideraba insultante el papel de vocero de la policía y se identificaba más con el espíritu libertario del detective Philip Marlowe.

Y sin embargo, los cronistas de sucesos de la Transición y la Movida solíamos mencionar con cierto cariño al medio específicamente dedicado al género durante el franquismo, el semanario El Caso fundado por Eugenio Suárez. Era sesgado, sensacionalista, truculento, todo lo que ustedes quieran, pero también era muy





auténtico. Esquivando como podía la censura gubernativa y eclesiástica, el llamado *diario de las porteras* sacó a la luz semana tras semana la persistencia del delito común en la supuestamente apacible España del franquismo: los asesinatos de Jarabo, la matanza de los Galindos, las estanqueras de Sevilla, el cadáver aparecido en un baúl, el misterio de la mano cortada, las peripecias de El Lute, la abundancia de timos del tocomochó, la estampita y el nazareno... Sus historias dibujaban una España oscura, cate-ta, sórdida, pícaro y violenta, que, desde luego, no era la que deseaba presentar oficialmente el régimen.

Una reciente novela policiaca española, *En tierra de lobos*, de Luis García Jambrina (Ediciones B), rescata, con el personaje de ficción de Aurora Blanco, a la más célebre reportera de sucesos patria de todos los tiempos: Encarnación Margarita Isabel Verdugo Díez, más

EL PERIODISMO DEL SEMANARIO 'EL CASO' DIBUJABA UNA ESPAÑA OSCURA Y CATETA, PÍCARA Y VIOLENTA, QUE NO ERA LA QUE DESEABA PRESENTAR EL RÉGIMEN FRANQUISTA

demasiado gorda con las drogas, los sobresueldos a cargo de los grandes despachos de abogados, los trabajos particulares de investigación. Uno de ellos, de la Brigada de Información, me dijo un día en 1986: "¿Y qué? ¿Quieres que te diga la lista de tíos que están a sobresueldo en tu periódico?" Y fue y me lo dijo.

Se tiende a confundir el trabajo periodístico con los trabajos de los servicios de información. Esos famosos dossiers que siguen de moda y funcionando. Reescribir en tu periódico el dossier que te acaban de proporcionar, no es ser periodista, ni lo que haces un reportaje de sucesos, ni de investigación. Eso es peor que hacerlo mal. Eso es ser un correveidile, estar a sueldo. Uno tiene ya el suficiente olfato como para no darse cuenta de que la mayoría de lo que se publica por ahí como "hábil investigaciones" no son más que informes

conocida como Margarita Landi. Nosotros, los cronistas de crímenes de los años de la Transición y la Movida, nos quitábamos el sombrero ante Margarita Landi. De hecho, Juan Madrid la hizo *playmate*—eso sí, vestida—de un número especial de *Madrid me mata* consagrado al Madrid negro que él dirigió.

Nacida en Madrid en 1919 y fallecida en Asturias en 2004, viuda a los 20 años de edad, diplomada en Criminología y periodista de raza, Margarita Landi se incorporó a la redacción de El Caso en 1955 y allí siguió en los siguientes cinco lustros. De cabello rubio, fumadora impenitente en pipa, conductora de un espectacular desca-potable negro, Margarita Landi era en sí misma todo un personaje. Sus excelentes relaciones con la policía le daban acceso a informaciones sobre crímenes tremebundos que el régimen no tenía demasiado interés en airear. Denominada *subinspector Pedrito* por los funcionarios, Margarita Landi era informada de inmediato de cualquier suceso que pudiera interesarle, y, si era menester, hasta se le enviaba un coche policial para que acudiera al lugar de los hechos.

camuflados de los servicios de información.

¿Dónde están los periodistas de sucesos? Y yo podría añadir: ¿dónde están los periodistas? Bueno, en los periódicos no. Muchos se encuentran escribiendo novelas, otros dando clases de periodismo y la mayoría jubilados con una mierda de pensión. La mayoría ya se situó donde tenía que situarse, al pie del poder, comiendo sobras, quizás urdiendo columnas de opinión y en el asunto ese de las tertulias. Una rechifla.

Lo que ocurre es que muy pocos escriben hermosas historias cuya lectura sea un placer. Ya nadie las escribe, los periódicos están para otra cosa. Son una parte del gran tingladrillo, lo que fueron montando entre 1975-1990. Quizás no nos dimos cuenta, intentando hacer nuestro trabajo lo mejor que podíamos. Sin embargo, mereció la pena. ♦

Por supuesto, ella tildaba, como mínimo, de "canallas" a todos los detenidos y de "avispados" a todos los investigadores policiales. No era su punto de vista, ni tampoco su estilo, lo que gente como Juan Madrid y yo apreciábamos en Margarita Landi, sino la tenacidad, la longevidad y la pasión con la que se consagró al género de sucesos. Y ni que decir tiene que para una mujer de los años 1950 y 1960 españoles aquello la convertía en una pionera.

Decía Chandler que Hammett sacó al crimen de la salita de té de la vicaría donde lo había encerrado Agatha Christie para devolverlo a su lugar: el callejón oscuro de la ciudad. Así ocurrió en la ficción negra hacia 1930. Siete décadas después, en la no ficción, en el periodismo, propietarios y editores sacaron al crimen del callejón oscuro para llevarlo al ciberespacio. Una pena. Afortunadamente, nos quedan los novelistas para contarnos la verdad.

Javier Valenzuela
es director de tinte y autor de *Crónicas quinquies* (Libros del KO, 2013).